

Medios de comunicación y escuela

Rafael Feito Alonso
Profesor Titular de Sociología.
Univ. Complutense de Madrid
c.e.: rfeito@cps.ucm.es

Cuando hablamos de medios de comunicación y escuela la referencia, habitualmente denigratoria, a la televisión parece inevitable. Con ello se consiguen dos efectos igualmente nocivos. Por un lado se obvia que hay más medios de comunicación, muy especialmente la prensa escrita, y, por otro, se condena al ostracismo a la televisión, negándole cualquier capacidad educativa cuando realmente la tiene. En parte caeré en esta trampa y me centraré en la televisión, no sin entreverar argumentos sobre la prensa escrita.

¿Quién enseña a ver la tele?

Sorprende, a pesar de que es una queja reiterada entre los profesores, la ausencia de una asignatura o área en la enseñanza obligatoria que enseñe a leer, a descodificar críticamente, los medios de comunicación. La televisión suele considerarse de modo casi unánime como perniciosa. Sin embargo, tampoco la escuela hace ningún esfuerzo por introducir la prensa escrita. Ni siquiera se utiliza para comentar con los alumnos la programación televisiva del día, de modo que cuenten con algún asesoramiento por parte de sus profesores.

La enemistad del maestro con la televisión viene de antaño. La televisión rompió el monopolio del saber que ejercía el profesorado. Antes de llegar a la educación obligatoria, el niño se ha asomado a la pequeña pantalla y desde ella ha descubierto el mundo. De hecho, tras la Segunda Guerra Mundial, la televisión fue concebida como un instrumento democratizador, como un dispositivo que haría realidad el sueño de la *polis* griega. Con ella todos los ciudadanos podrían seguir el decurso de la actividad política, podrían asistir como un representante más a los debates parlamentarios. Es verdad que, con el tiempo, la televisión más bien se ha mostrado como un instrumento al servicio del poder, capaz de manipular a los ciudadanos. Sin embargo, las potencialidades de la televisión para el fomento de una ciudadanía responsable siguen existiendo: ahí están los ejemplos de Francia que se paraliza con los debates entre los dos principales candidatos a la presidencia, o la España de los primeros años de la democracia.

Por otro lado, la capacidad educativa de la televisión está fuera de toda duda. Ningún profesor, por muy bueno que sea, puede superar la capacidad didáctica de un vídeo de la *National Geographic*, por ejemplo. ¿Por qué no, entonces, aprovecharse sistemáticamente de estos poderosos recursos?

Combatir la estupidización

Combatir la estupidización de los medios de comunicación, en especial la televisión, debe ser uno de los objetivos básicos de la escuela. Recientemente **Sartori**¹ advertía de los serios peligros que, para el pensamiento, suponía la colonización de la imagen, muy especialmente la de la televisión. De acuerdo con él, la capacidad simbólica desplegada en el lenguaje es clave en la conformación y existencia de la humanidad. Sin embargo, el telespectador es

más un animal vidente que un animal simbólico. La televisión es la primera escuela del niño, es la escuela divertida que precede a la escuela aburrida.

El *homo sapiens* debe su aprendizaje a su capacidad de abstracción. Conocer consiste en aprehender conceptos y no en captar el mundo de lo sensible. La televisión tiende a anular los conceptos. Sólo es capaz de presentar el mundo de lo sensible. Por ejemplo, cuando se habla de un concepto como el del paro, la televisión nos presenta algo solo tangencialmente relacionado con el paro, como es la imagen de un parado. En el mejor de los casos la televisión nos atiborra de información. Ahora bien, información no es sinónimo de conocimiento. La televisión nos puede informar todos los días sobre la evolución de los precios, sin que el televidente llegue a saber en qué consiste la inflación. Lamentablemente hay sectores cada vez más amplios de la población que sólo se informan a través de la televisión, con lo cual quedan atados a su lógica anti-conceptual. **Bourdieu**² alertaba del riesgo de una nueva división cultural entre aquéllos que leen la prensa seria y quienes no cuentan con utensilios intelectuales que les permitan escapar de las garras televisivas.

Valores opuestos a los de la escuela

A todo esto hay que añadir el modelo de persona que promueve la televisión, especialmente en los programas supuestamente dirigidos a la población en edad escolar. Se trata de programas que habitualmente - alguna excepción hay - glorifican valores opuestos a los que la escuela pretende inculcar: individualismo, sexismo, egoísmo, xenofobia, violencia.

¿Qué se puede hacer ante esta situación? Lo primero es el cumplimiento de la ley. La normativa de la Unión Europea es bastante clara en el sentido de evitar programas que pudieran resultar nocivos para los menores. Lo segundo es la movilización política. Actos como los nucleados en torno al manifiesto contra la tele-basura o semanas sin televisión pueden ser buenas iniciativas. Lo tercero es un mensaje para los padres y madres, que seguramente sea difícil de cumplir por la dosis de paciencia que requiere, y consiste en ver con los niños sus programas favoritos y comentar desde la sensatez que cabe suponer a todo adulto lo que allí se puede ver.

1. **Giovanni Sartori**, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 1998.

2. **Pierre Bourdieu**, *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997.